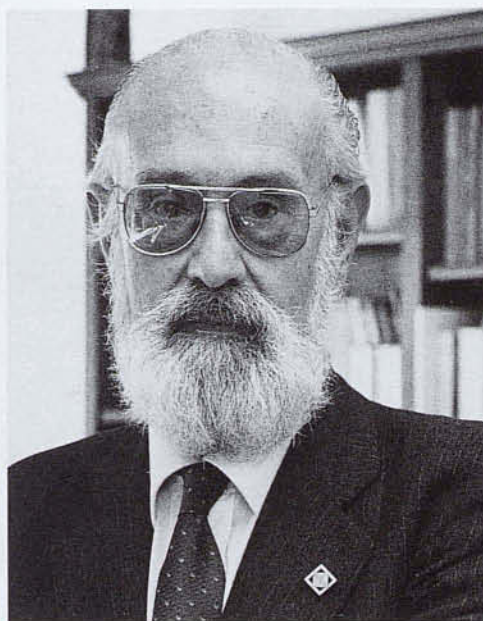


JOSEP MARIA LLOMPART



JOSEP MARIA LLOMPART (PALMA DE MALLORCA, 1925-1993) DESTACÓ COMO POETA, Y TAMBIÉN POR SUS TRABAJOS DE CRÍTICA Y DE ESTUDIOSO DE LA LITERATURA. FUE PRESIDENTE DE LA OBRA CULTURAL BALEAR Y DE LA ASOCIACIÓN DE ESCRITORES EN LENGUA CATALANA. EN 1982 FUE GALARDONADO CON EL PREMIO DE HONOR DE LAS LETRAS CATALANAS. PERO POR ENCIMA DE TODO, FUE AQUÉL QUE SUPO OCUPAR CON LA MAYOR DIGNIDAD EL LUGAR QUE LE CORRESPONDÍA EN EL ENTRAMADO SOCIAL INSULAR.

MARIA DE LA PAU JANER, ESCRITORA

Josep Maria Llompart, poeta mallorquín perteneciente a la llamada generación de los cincuenta, murió en Palma, la ciudad donde había nacido sesenta y siete años antes, hace pocos meses. Su muerte coincidió con la celebración de una serie de actos, desarrollados a lo largo del invierno, a través de los cuales tanto las Islas Baleares como Cataluña pretendían celebrar y agradecer su labor de hombre dedicado a la cultura.

Profesor universitario, estudioso de la literatura, traductor, conferenciante meticuloso, prologuista sutilísimo, conversador ameno y, por encima de todo, poeta con mayúsculas, vivió comprometido con la realidad cultural y política que le tocó vivir. Contestatario y crítico a lo largo de los años de la dictadura franquista, intelectual activo a lo largo de las décadas de los sesenta y setenta, fue el hombre de la palabra y el gesto. Aquél que supo ocupar con la

mayor dignidad el lugar que le correspondía en el entramado social insular. Profundamente conocedor de la lengua catalana, defensor de sus derechos cuando, una vez pasada la infancia y después de una educación familiar en castellano, la descubrió como idioma propio, Llompart supo construir un universo poético coherente y sólido. También él, como Carles Riba, Josep Vicent Foix o Salvador Espriu, se ocupó de preservar la voz de su pueblo. Siguien-

Vigilia

*Senda de los sortilegios, puerta del misterio
Un amor de setiembre se deshoja en tu boca,
cartas de aniversario, campanas dominicales,
el gozo definitivo en la piel exaltada.
Para ti danzó el sol, supiste el desasosiego,
la desazón de los dioses, la infancia de los días,
le aprendiste los labios, sentiste en los pulsos
el latir de un crepúsculo de sencillez y pena.
Ahora estás ya a punto, acércate a la puerta.
Ahora ya puede llegar la dama del anochecer.*

Vigilia

*Camí dels sortilegis i porta del misteri.
Un amor de setembre se't desfulla a la boca.
postals d'aniversari, campanes de diumenge,
el goig definitiu a la pell alçurada.
Per a tu ballà el sol, saberes el desfici,
la frisança dels déus, la infantesa dels dies,
li aprengueres els llavis, sentires en els polsos
el batec d'un crepuscle de senzillesa i pena.
Ara ja estàs a punt, atansa't a la porta.
Ara ja pot venir la dama del capvespre.*

do la sentencia de Salvador Espriu, podemos hacer suyos estos versos: "...hem viscut per salvar-vos els mots/ per retornar-vos el nom de cada cosa" (hemos vivido para salvaros las palabras/ para devolveros el nombre de cada cosa). Por ello, no resulta muy difícil observar cómo los poemas de Llompart reflejan esa pasión profunda por las palabras que "...han madurat dins mi com una fruita. Ara sóc d'elles i potser dels homes" (han madurado dentro de mí como una fruta. Ahora soy de ellas y quizás de los hombres).

Unidad y coherencia de contenidos, y constante experimentación formal, son los rasgos más característicos de la poesía llompartiana. Ya en aquel temprano *Poemes de Mondragó*, publicado en 1961 como recopilación de poemas dispersos, hallamos la construcción armónica de una serie de símbolos que después volverán a aparecer en toda su obra: La preocupación por las diferentes etapas de la vida humana, relacionadas con el ciclo de las estaciones, con la construcción de un doble campo semántico. Por una parte, el otoño y el invierno, junto con la tarde y la noche, tiempo de nostalgia y de evocaciones, realidad presente que cada vez se acerca más a la idea de decrepitud y de muerte. Tiempo que permite la añoranza desde la que nace la escritura. Una añoranza de primavera, según el propio poeta. Por otra parte, pues, la primavera y el verano, con el mediodía espléndido y la mañana, tiempo pasado de paraísos perdidos en la recreación del mito proustiano. Y a partir de

ahí surgen los grandes temas de Llompart: el de la infancia, oscilante siempre entre la añoranza y la crítica; añoranza de aquel mundo definitivamente enterrado, nostalgia porque ya nada permitirá recuperar la vida pasada, ni los paisajes familiares, resguardados y dulces; ironía sin embargo a la hora de recordarlos, cuando la voz del poeta se burla de los supuestos que sustentaban el entorno familiar; crítica a la religión o, mejor dicho, a las formas de esta religión, a menudo convertidas en disfraz que oculta actitudes engañosas; y también a la imposición de una lengua extranjera, y a los símbolos que constituían un mundo que a la vez rechaza e idealiza.

El tema del amor aparece esporádicamente, como realidad más soñada que vivida, como si quisiera preservar con un velo la intimidad y la experiencia, amparándose en la literatura. Porque los poemas de Llompart pueden tener un origen doble: proceden de la experiencia vital, cualquier anécdota de la vida del poeta —un viaje, un encuentro, una observación, un pensamiento—, o de la experiencia cultural —cualquier lectura—. El poeta, hombre de profunda y rigurosa formación intelectual, sabe construir un mundo propio a partir del bosque denso de sus lecturas. En una actitud que podríamos denominar *metaliteraria*, es capaz de hacer literatura a partir de la propia literatura. Es decir, bebe de las más antiguas fuentes para crear ficciones totalmente nuevas.

Pero el gran tema de la poesía de Josep Maria Llompart es el de la muerte.

Surgido ya como símbolo desde los primeros versos, va adquiriendo solidez y fuerza a medida que el autor desarrolla su obra. Donde adquiere mayor intensidad es en los tres últimos poemarios: *Mandràgola*, *Jerusalem* y *Spiritual*, tríada de profunda madurez poética en la que el autor demuestra su capacidad de dominio de la lengua, y la riqueza del mundo poético que de ella resulta. Es en *Mandràgola* donde el poeta se recrea en la elaboración de una serie de personajes que funcionan como símbolos: Junto a la dama blanca espriutana, representación de la muerte, la figura de Agnès es la nada, la desaparición absoluta, la negación de todo. Antònia, en cambio, simboliza el mundo de la infancia, cada vez más lejana. En algún poema, Agnès y Antònia se abrazan alegóricamente.

Pero seguramente es *Jerusalem* el libro más maduro de la tríada. Concebido como una pieza organizada casi arquitectónicamente, redondeada y perfecta, en la que los números mágicos —el tres y el siete— tienen un papel fundamental, es la historia de una peregrinación. El protagonista es un viajero que recorre los largos caminos de los límites de la vida, cuando todo se hunde definitivamente, buscando la belleza. Una belleza que se concreta en las torres esbeltas, coronadas de arqueros, de la ciudad celestial. A Jerusalén, sin embargo, nunca podemos llegar. Lo que sí podemos hacer, en cambio, es recrearnos en la intensidad de unos versos que dibujan paisajes y caminos. Josep Maria Llompart, poeta, nos deja un legado de belleza. ■